

APORTES DE LOS ACADÉMICOS

CÓMO SE DESCUBRIÓ EL VERDADERO ESCENARIO DEL COMBATE DE CHORROS BLANCOS

Humberto Barrera Orrego

El domingo 12 de febrero de 1995, cuando llevaba apenas cuarenta y tres días al frente de la Gobernación de Antioquia, el doctor Álvaro Uribe Vélez se hizo presente con una numerosa comitiva en el paraje rural del municipio de Campamento donde se levanta un modesto obelisco, con el fin de conmemorar el 175º aniversario del combate de Chorros Blancos. En aquella memorable ocasión, el odontólogo Orlando Montoya Moreno pronunció un discurso en que manifestó que Chorros Blancos es tan importante en la historia nacional como la batalla de Boyacá, y sin embargo carece de monumentos dignos, aunque “valdría [sic] la pena tenerlos”. Exaltado de emoción patria, Uribe Vélez dejó de lado el discurso que llevaba escrito, respondió con una ardiente improvisación y prometió que Chorros Blancos tendría un hermoso parque ecológico y un monumento que no desdijera de la categoría del acontecimiento, con pompa semejante a las esculturas que adornan el Puente de Boyacá.

El verbo en llamas del gobernador produjo distintas reacciones. Ese mismo domingo, la Asamblea departamental se reunió en Yarumal, y poco después promulgó la ordenanza número 11 del 23 de marzo de 1995, con cinco años de vigencia, que materializaba la promesa del doctor Uribe Vélez. Algunas personas del comité cívico municipal se pusieron en contacto con la señora María Elena Quintero, viuda del maestro Rodrigo Arenas Betancur, con el propósito de promover en lugar del obelisco la erección de una escultura de bronce que representaría a José María Córdova en el acto de transformarse en un águila-grifo, de acuerdo con un esbozo póstumo del maestro escultor. La señora Quintero tasaba entonces el proyecto, concebido inicialmente para

la escuela militar de cadetes de Bogotá, en la suma de mil millones de pesos. Por su parte, la señora Magdalena Calle, representante de los comerciantes de Yarumal, proponía insistentemente que el monumento se levantara en predios de la finca del señor Carlos Zea, situada en el cruce de la carretera de Campamento con el antiguo camino de Cáceres a Santa Rosa de Osos, lejos del obelisco de Campamento y del alto Boquerón de Yarumal.

Esta última propuesta se debió al deseo de buscar un lugar dónde emplazar el monumento, ya que circuló el rumor de que la finca San Luis, donde está el obelisco, pertenecía a un consorcio vinculado con el narcotráfico; concretamente, con un pariente cercano de Pablo Escobar. Este rumor tuvo por consecuencia que durante los tres años de la gobernación de Uribe Vélez no se volviera a mencionar el monumento ni el parque ecológico, y mucho menos se habló en la administración de su sucesor, Alberto Builes Ortega, más preocupado por la producción de la Fábrica de Licores de Antioquia que por un irrelevante suceso del pasado regional, por más que hubiera incidido profundamente en la historia de la nación. La acción combinada del rumor y la indiferencia desembocó en el vencimiento de la vigencia de la ordenanza, pero tuvo además un efecto inesperado: tras muchos años de haber caído en el olvido el verdadero lugar donde se libró el combate, el que estas cosas escribe tuvo la fortuna de redescubrirlo.

Los voluntarios yarumaleños que participaron en la acción transmitieron a sus descendientes las circunstancias y pormenores de Chorros Blancos. Prueba de ello es el poema homónimo pergeñado por el escritor yarumaleño Marco Antonio Mejía y aparecido bajo el seudónimo “M. Roca” en el número 16 (9 de marzo de 1899) del periódico *Patria de Córdoba*, publicado en Medellín por José María Arango Carvajal y Benjamín Tejada Córdoba. Según el investigador Mauricio Restrepo Gil, Mejía publicó artículos en distintos periódicos de Yarumal, entre ellos *El Aficionado*, cuyas copias manuscritas ilustró bellamente el joven Francisco A. Cano. En el pasaje pertinente, el poema en cuestión dice: “El arrogante español/ (...) se para en una colina/ que hay al oriente, empinada/ sobre el lecho del riachuelo/ que Chorros Blancos se llama”. Es evidente que no se trata de un elaborado poema de Guillermo Valencia, pero aunque no menciona por su nombre al alto Boquerón, la referencia no podría ser más clara. Por su parte, Fray Berardo Ocampo (*Anotaciones biográficas sobre el general Braulio Henao*, Medellín, Tipografía del Comercio, 1902, página 119) dice simplemente: “Los ejércitos se avistaron en Chorros Blancos, paraje que está en el camino que gira de Yarumal para Campamento, en donde Warleta escogió posiciones”. No menciona la importancia estratégica del camino, pero registra que el jefe español lo eligió para atrincherar a sus hombres.

No obstante, las generaciones pasan y la memoria colectiva se desvanece. Los yarumaleños de fines del siglo XIX repetían vagamente las palabras que habían oído de sus mayores, pero ya no eran un testimonio de primera mano; se habían reducido justamente a eso: a simples palabras. De esta manera, cayeron en el olvido informaciones de importancia capital, como el verdadero lugar del combate o el emplazamiento de la casa de José Rivera Escobar, pariente de Córdova que participó en la campaña del Norte y en cuya casa de Yarumal se hospedó el prócer. Por fortuna, unas cuantas familias atesoraron aquellos informes, avalado el último por documentos notariales, y el primero por el descubrimiento providencial del *Diario de la división Antioquia*, escrito de puño y letra del gobernador José María Córdova y publicado en 1970 en el segundo tomo de *Gobernadores de Antioquia*, obra de José María Restrepo Sáenz.

Para 1919, el escenario real del combate había sido olvidado por completo. A fines de ese año, para celebrar el primer centenario del combate, las escuelas de Yarumal, Angostura y Campamento recaudaron una contribución entre sus alumnos para erigir un humilde monumento conmemorativo. No fueron las alcaldías de aquellos municipios, ni siquiera el gobierno departamental, sino los estudiantes de primeras letras, motivados por sus maestros. Este rasgo muestra el papel decisivo del magisterio en la preservación de la memoria colectiva. Por eso no deja de sorprender que en 1983, durante la presidencia de Belisario Betancur, uno de los abanderados de la cultura nacional, se hubiera desterrado el estudio de la historia patria de los establecimientos de enseñanza secundaria, so pretexto de que era un semillero de ideas comunistas. Por suerte, poco antes de renunciar a su cargo como secretario de educación departamental de Antioquia, el doctor José Fernando Montoya restableció la cátedra de historia regional en las instituciones educativas del Departamento, interpretando el anhelo de las gentes y una oportuna sugerencia de la Academia Antioqueña de Historia.

En la página 78 de su *Monografía de Chorros Blancos* afirma monseñor Javier Piedrahíta Echeverri que las delegaciones de las escuelas de Angostura, Campamento y Yarumal, reunidas en 1920, “escogieron el [montículo] más cercano al Nechí, cerca de la desembocadura de la quebrada de Chorros Blancos, parece que por confluir allí los tres municipios más que por tener certeza de haber sido ése el lugar preciso del combate”. Don José Giraldo Bernal dejó escrito en su museo que el oficial de albañilería Emiliano Martínez Orrego, oriundo de Yarumal, fue quien erigió la rústica columna que se inauguró el viernes 12 de febrero de 1920, cuando se festejaba el primer siglo de la acción de armas.

En una carta fechada el 22 de marzo de 1944, que conserva en sus archivos la investigadora Luz Posada de Greiff, la maestra Miriam Wills E., nacida en Campamento y directora de la escuela rural *Chorros Blancos* de Yarumal, le solicitó a don Marceliano Posada “algunos datos históricos sobre la batalla [sic] de Chorros Blancos”, pues “la iniciativa que tomé a mi cargo desde mediados del año pasado cuando me hice cargo de esta escuela ha tenido ya buen eco y próximamente constituiremos en Yarumal un comité pro Monumento Córdoba. (...) Espero don Marceliano me haga este gran favor el que de modo directo se lo hace también a la región y si se quiere a la patria toda”. Esta sencilla comunicación destaca tres aspectos notorios: 1) El olvido total del verdadero escenario del combate por parte de las gentes de Yarumal y Campamento. 2) El interés de una maestra a mediados del siglo XX por erigir un monumento en honor del general Córdoba y sus bravos soldados. 3) La noción de que semejante monumento constituirá un “gran favor”, no sólo para la región sino para “la patria toda”. Es evidente que la ignota maestra rural tenía una mente más lúcida y abierta que la de varias generaciones de historiadores bogotanos, para quienes el combate de Chorros Blancos tuvo tan poca relevancia que es como si no hubiera existido. No obstante, fue la acción que impidió a los españoles la segunda reconquista de Bogotá, y por ende de toda la nación.

Cuando en 1970 se conmemoró el sesquicentenario del combate, nadie se preocupó por averiguar el lugar donde se había librado. Tan sólo monseñor Piedrahíta Echeverri, cuyo abuelo materno era oriundo de Campamento, se preguntó en la citada monografía cuál sería el emplazamiento histórico. Sin más trámites, pues la inercia es una fuerza que evita el esfuerzo, la Gobernación de Antioquia reemplazó la humilde columna de 1920 por un obelisco desprovisto de gracia que no le hace justicia a la trascendencia del combate.

Una soleada mañana de julio de 1997, don Alberto Soto Mejía invitó a Antonio Morales, entonces director de la casa de la cultura *Francisco Antonio Cano* de Yarumal, al odontólogo Montoya Moreno y al autor de esta crónica a explorar los alrededores del cruce de la quebrada Chorros Blancos con la carretera que une a Yarumal y Campamento, en busca de un buen emplazamiento para el monumento a José María Córdoba y la división patriota, ya que, como se dijo antes, la finca San Luis era objeto de impugnación por parte de la gobernación de Antioquia. Mientras mis tres acompañantes hacían un detallado examen del lugar donde otrora se había levantado el ingenio panelero de don Antonio Correa, me interné quebrada Chorros Blancos arriba, en el primero de más de quince viajes exploratorios que culminarían en el redescubrimiento del alto Boquerón como verdadero lugar del combate.

Las principales razones que respaldan este aserto son:

Primera, el comandante José María Córdova así lo declara en el *Diario de la división Antioquia del 2 al 13 de febrero* (1820): “Día 12 – La división marchó **directa a las alturas**, que ocupaba Warleta con toda su fuerza; (...) la vanguardia de la división (...) sucesivamente iba tomando los puntos que el enemigo con unos cincuenta hombres del regimiento de León sostenía, pero reunido **en el cerro más alto de Chorros Blancos** a otro número igual (...) quiso disputarnos el paso”, etc. (El énfasis es mío; el cerro más alto de Chorros Blancos es el Boquerón).

Segunda, el camino que unía a Yarumal y Cañaveral (hoy Campamento) cruza horizontalmente la ladera del Boquerón. Puesto que Córdova, al trasladarse de Cañaveral a Yarumal, tenía que pasar por aquel camino, Warleta repartió sus cien hombres a lo largo de la loma. Sabía que quien se adueñara del camino le arrebataría la victoria a su oponente. Pero no contaba con la obstinación del jefe republicano.

Tercera, un buen estratega (y no cabe duda de que Warleta lo era) sitúa sus fuerzas en lo alto del terreno; de lo contrario, serían carne de cañón bajo el fuego enemigo. No hay que olvidar que el punto donde se halla el obelisco está situado en una de las partes más bajas del terreno, mucho más cerca de la margen del Nechí que del antiguo camino entre Yarumal y Campamento.

Cuarta, las batallas que se han librado cerca de un río han recibido el nombre de la corriente, como las batallas del Palo y de Cascajo. Si el combate de Chorros Blancos hubiera tenido lugar en terrenos de la finca San Luis, se llamaría combate del Nechí, por las razones expuestas en el numeral anterior.

Entre las visitas memorables al Boquerón cabe destacar la del viernes primero de mayo de 1998, cuando con Nena Soto, Carlos Franco, Jorge Vargas, Leonardo “da Vinci” Gómez, John Jairo Correa, Hugo García y cuatro amigos más, subimos a almorzar al volcán dormido del Chimborazo, desde cuya cumbre se aprecia una espléndida panorámica y se entienden claramente las evoluciones que efectuaron patriotas y realistas. Hubo otras tres visitas que vale la pena registrar, en las que acompañé a los equipos de sendos programas de Teleantioquia. La primera, el lunes 5 de octubre del mismo año de 1998, para grabar algunas escenas de “Venga a mi pueblo”. El lunes 12 de febrero de 2001, el periodista Luis Alirio Calle casi no podía soportar el peso de la evidencia de que ciento ochenta y un años antes el joven Córdova había hollado el mismo camino en que nos encontrábamos aquella tarde. Y el martes 8 de octubre de 2002 acompañé al afable Juan Ignacio Velásquez y el personal técnico de “Relatos de viaje”.

En 1998, al asumir la alcaldía municipal de Yarumal, Gustavo Giraldo Giraldo, a quien conocí de joven cuando ambos estudiábamos en el Liceo San Luis, le sugerí que comenzara su mandato celebrando el 12 de febrero de cada año como una de las festividades centrales de la historia local, y que instituyera en la misma fecha un día de asueto anual para los estudiantes. Algunos meses más tarde, señalé que sería una buena idea encargarle al maestro yarumaleño Martín Villegas Alzate un mural con el tema de Chorros Blancos en el recinto del concejo municipal. Esta propuesta llamó la atención del alcalde, y a su estudio de Medellín se le enviaron al maestro Villegas las medidas de la pared que hospedaría el mural, pero al fin no hubo dinero para financiarlo, y el proyecto no pasó de ser un admirable boceto a lápiz trazado por el artista –Córdova, la cabeza vendada, transportado en silla de manos y rodeado por sus bravos, figura en primer plano, recortándose contra la silueta del Boquerón– y un adoquín más para empedrar el camino del infierno, según la sentencia de san Bernardo de Clairvaux.

Lo que sí comenzó a ejecutarse de inmediato fueron las otras dos ideas. El jueves 12 de febrero de aquel mismo año hubo una concentración de estudiantes de primeras letras y de segunda enseñanza en el hermoso parque de Yarumal, hoy desaparecido por obra de la administración de Rodrigo Jaramillo Villegas, de triste memoria. Niños y jóvenes de uno y otro sexo, en representación de los establecimientos educativos de la cabecera municipal, e innumerables curiosos de toda edad y condición social, aplaudieron con júbilo la entrada repentina de un actor con un deslumbrante uniforme de época –pulcramente confeccionado por la señora Amelia Patiño, primera dama del Municipio– que encarnaba al comandante José María Córdova, a caballo en un hermoso alazán y a la cabeza de un grupo de muchachos descalzos y de muchachas con canastillas de flores, que representaban la tropa patriota y las voluntarias que les preparaban los alimentos, lavaban sus ropas y cuidaban a los heridos. Aquella dramatización –permítaseme dejar de lado la modestia– fue también idea y obra de este servidor. La celebración ha tenido lugar año tras año, de manera ininterrumpida, con muy diversa fortuna, y siempre con el apoyo incondicional del magisterio de la población. En 2002, el alcalde Cecilio Hernán Alzate Casas patrocinó la publicación de un folleto cuya investigación y redacción, así como la fotografía del Boquerón que lo ilustra, corrieron a mi cargo. El folleto hacía parte del proyecto de cátedra municipal, con una notable acogida por parte de profesores y estudiantes.

Aprovecho para poner sobre el tapete dos propuestas más, que ojalá un día no muy lejano se vean cristalizadas: la primera, que en el parque ecológico proyectado a media ladera del Boquerón, se ejecute un monumento a la

manera del *Ágora*, obra del maestro Hugo Zapata que adorna la plazoleta de la universidad Eafit, delante de la biblioteca; se trata de un monumento de gran fuerza y simplicidad, que convida a la gente a apropiarse de él, y que no requiere de un gran despliegue de vigilancia para cuidarlo, ya que no posee partes de metal que pudieran tentar a los vándalos. Podría llevar algunos aditamentos, tales como una llama perpetua o un hermoso arreglo paisajístico que le dé un toque especial, y desde luego una placa conmemorativa grabada en concreto o en una piedra dura. La segunda propuesta consiste en que se haga un barrido del Boquerón por parte de arqueólogos de la universidad de Antioquia, provistos de detectores de metal. Sin duda alguna, saldrán a relucir algunas piezas de singular importancia para enriquecer el patrimonio local, ya que lamentablemente tantos rifles y bayonetas rescatados por los campesinos de la zona han ido a parar a manos de traficantes de objetos patrimoniales para ser vendidos a coleccionistas poco escrupulosos, a quienes no les importa el estudio de la historia antioqueña.

Curiosamente, el investigador Mauricio Restrepo Gil me envió vía Internet el miércoles 22 de marzo de 2006 la transcripción de la escritura de venta de un extenso predio cuyos linderos abarcaban desde el camino real “que sigue del sitio [de San Luis de Góngora] para Cañaveral” y el camino de Cáceres, así como las quebradas de Chorros Blancos y el Popal, y el río Nechí. El vendedor, Pedro Gutiérrez, vecino de San Luis de Góngora, había recibido este “pedazo de tierra de pan y caballería” como reparto por su condición de poblador, y lo cedió por doscientos pesos castellanos a Toribio Orrego. La transacción se llevó a cabo el 4 de febrero de 1811, nueve años antes del combate¹. De haber conocido esta peregrina historia, Jorge Luis Borges no dejaría de mencionar las misteriosas simetrías del destino, ya que Toribio Orrego fue el bisabuelo de Luis Emigdio Orrego Madrid, mi abuelo. Toribio Orrego habitó en la esquina suroriental del cruce de la carrera de la Restauración (carrera 19) con la calle Nariño (calle 21), de Yarumal, diagonal a la casona (esquina noroccidental) de habitación del matrimonio de José Rivera Escobar e Isabel Villegas Piedrahíta; en esta última casona se hospedó el teniente coronel José María Córdova después del combate de Chorros Blancos. Este dato se apoya en documentos notariales otorgados por Faustino Rivera Villegas², hijo del matrimonio en cuestión, así como en la tradición oral.

1 Archivo histórico de Santa Rosa de Osos, protocolo notarial de Yarumal, paquete 1, 1810-1815.

2 Testamento de Faustino Rivera Villegas, otorgado el 20 de agosto de 1896. Notaría primera de Yarumal, libro de 1901, escritura 731. Así mismo, hay otros documentos en la oficina de registro de instrumentos públicos de la misma localidad: sucesión de Faustino Rivera

Entre tanto, cuando faltan menos de quince años para el segundo centenario del combate, los yarumaleños seguimos esperando el monumento a José María Córdova en el parque de la Libertad, ojalá esculpido por el brillante maestro Alejandro Hernández Pinto, que tiene en su haber tantas y tan bellas obras conmemorativas –entre ellas el soberbio busto del maestro Cano que se yergue en el primer patio de la casa de la cultura que lleva su nombre–, y el parque ecológico, prometido hace ya tanto tiempo por el doctor Álvaro Uribe Vélez, que debe construirse en el alto Boquerón, lugar donde, según dejó constancia el gobernador José María Córdova en el *Diario de la división Antioquia* llevado durante la campaña del norte, se impidió que Warleta uniera sus fuerzas, traídas de Cartagena, a las de Sebastián de la Calzada, procedentes del sur del país; una vez reunidos, planeaban poner en marcha una segunda reconquista del país, más sangrienta, si se quiere, que la primera. La escultura en el parque principal de Yarumal y el parque ecológico en el Boquerón constituirán un digno homenaje de fraternidad sin fronteras, según lo soñó, hace más de sesenta años, una aguerrida maestra rural, cuyo nombre y el de los anónimos maestros y alumnos que aportaron sus monedas (renunciando sabe Dios a cuántos domingos de frutas y golosinas) para construir el primer monumento de Chorros Blancos, son, como los héroes de la Grecia clásica, un ejemplo para las generaciones.

Villegas, libro de causas mortuorias, 1901, tomo 1, folios 6, número 8; libro de registro, 1915, tomo 1, folios 28, número 56; libro de matrículas, tomo 2, folios 35, número 327. Estas referencias figuran en mi folleto *Chorros Blancos*, citado arriba. El odontólogo Orlando Montoya Moreno, en su monografía *Yarumal, una ventana al pasado*, registra el dato de la ubicación de la casa de José Rivera Escobar, pero no así la fuente de donde lo obtuvo, que fue, al parecer, una referencia verbal de la señora Beatriz Zea Fernández, o de su hermana María Victoria Zea Fernández.